

Asensio, Raúl H. *El apóstol de los Andes. El culto a Tupac Amaru en Cusco durante la revolución velasquista (1968-1975)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2017, 347 pp.

El trabajo de Raúl Asensio permite abordar, desde una mirada foránea, una de las figuras polémicas de nuestra historiografía nacional: Tupac Amaru. Polémica, porque el líder cusqueño continúa como centro de una importante cantidad de investigaciones y discusiones al ser protagonista fundamental del gran levantamiento del sur andino. En este caso, sin embargo, no se evalúa su papel en dicha insurrección, ni los alcances de la misma. El propósito de Asensio es: primero, adentrarnos en aquellos elementos y circunstancias que habrían permitido al héroe rebelde pasar de líder de una de las insurrecciones más sonadas del sur andino a imagen de culto en la sociedad cusqueña; segundo, analizar el contexto en el que el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (GRFA) decidió convertirlo en ícono e imagen oficial del régimen castrense. Precisamente, Asensio dirige su investigación a los años del gobierno de Juan Velasco Alvarado, donde el héroe procederá a ser reconocido en todo acto público y oficial como la encarnación de los objetivos del proyecto que transformaría las complejas estructuras del Perú de fines de la década de 1960.

La obra de Asensio tiene el valor de responder con eficacia a una serie de interrogantes en torno a la figura de Tupac Amaru y su vinculación con el régimen de Velasco o, para colocarlo en palabras del autor, del «velasquismo». Varios elementos consiguen responder a dichas interrogantes y dos son fundamentales para comprender la envergadura de su investigación: primero, no habría sido el régimen militar el que «construyó» la imagen y culto de Tupac Amaru desde un proyecto pensado y planificado; en segundo lugar, existía la presencia de un «tupacamarismo» en el Cusco, anterior al GRFA, que empezó a desarrollarse desde la década de 1950. Confluyen, de esa manera, estos dos elementos fundamentales para el

desarrollo del culto al líder rebelde en una relación estrecha y necesaria, donde ambas se retroalimentan: la existencia de un «tupacamarismo» incipiente y la llegada al poder del régimen castrense. Es el Estado quien organizó el culto a su máxima exposición y con ello, además, coinciden muchos intereses de ambos lados, aunque no exenta, esta relación, de tensiones y discordancias.

La obra cuenta con diez capítulos y, a través de ellos, la trama del culto a Túpac Amaru se va desarrollando desde una prosa ágil y abundante en datos respaldados por una variada gama de fuentes. Como el mismo autor indica, estos diez capítulos pueden dividirse en varias temáticas. Una indagación acerca de los inicios del «tupacamarismo» cusqueño, sus orígenes y, por supuesto, una presentación suficiente, pero necesaria de Túpac Amaru en su dimensión de rebelde colonial. Una segunda parte trata cómo el GRFA llega al poder y se va apropiando del culto al héroe. En un tercer apartado, ahonda en las diversas manifestaciones del culto tupacamarista y cómo fue confluyendo con los intereses del GRFA. En una cuarta temática, aborda cómo este culto se manifiesta en zonas de la periferia cusqueña desde las regiones altoandinas. Finalmente, estudia cómo el «tupacamarismo» va decayendo en la segunda fase del régimen militar hasta casi pasar al olvido.

Asensio trabaja en la obra desde varios hechos que, si bien aparecen como anecdóticos, permiten llevar el hilo de su investigación de manera fluida. Un hecho simbólico es el terremoto de 1950 que destruyó el Cusco, lo cual llevó a unir fuerzas para su reconstrucción, pero a la vez condujo al debate de cómo, o bajo qué criterios, diseñar este proceso y así preservar y reconstruir, sobre todo, el patrimonio cultural. Esta ocasión fue aprovechada para proyectar la instalación de una estatua de Túpac Amaru en la plaza de la ciudad. Y es en este punto donde se abre una espinosa discusión acerca de este monumento que se convirtió en el empeño de una ciudad y región postergada, olvidada por el centralismo limeño. Es la estatua y el espíritu del líder cusqueño, una vez tomado como símbolo del gobierno, que se percibe como una posible salida para que la región del Cusco pudiera cumplir sus objetivos y anhelos; sin embargo, también se presenta como una caja de Pandora.

Asensio, precisamente, desnuda esa realidad de abandono que termina tomando forma en la imagen de Tupac Amaru como embajador de la región, no solo ante el GRFA, sino ante el país entero, la historia y el imaginario colectivo. Y todas estas fuerzas sociales y políticas concentradas tenían en común el culto al prócer, sin embargo, precisamente por ello, se entremezclan objetivos dispares: para algunos actores, el culto era la posibilidad de vincularse al régimen y obtener algún beneficio material; otros, la posibilidad de cumplir el anhelo postergado de refrendar al personaje como el héroe nacional; otros, simplemente, han llegado al culto de manera itinerante, empujados por la presión de este apóstol andino. Como si se tratara de una paradoja, nuestras marchas y contramarchas históricas, la ausencia de consenso político, de un proyecto nacional y de tantos objetivos frustrados, quedarían retratados en la imagen de la indecisión y discusión de dónde instalar la estatua de Tupac Amaru. Las distintas perspectivas colisionaron en una disputa estéril que evidenciaba la imposibilidad de tomar una decisión en torno a dicha locación.

La obra de Asensio analiza, además, el carácter social de la región del Cusco desde distintas perspectivas, y una de ellas, en este sentido, es el contexto en el que el «tupacamarismo» emerge. La situación crítica en las haciendas altoandinas, donde el campesinado sufría las enormes fracturas sociales, económicas y políticas, convirtió a esta zona en una bomba de relojería con altos niveles de conflictividad. El reclamo y urgencia por una reforma agraria, que desde la década de 1950 tomaba más fuerza, corrían paralelos al movimiento tupacamarista y, por supuesto, identificando al héroe rebelde con las reivindicaciones de esta postergada población. Para el GRFA, no fue difícil recoger el culto local y conectarlo con un discurso que le permitiría identificarse con las obras del presidente Velasco. Como ironía histórica, el nexo, entre población y Estado, una vez más, era un curaca, pero en su papel de líder y cabeza de una sublevación. Tupac Amaru emerge no solo como el héroe rebelde que plantó cara al sistema colonial, sino como paladín de trascendencia nacional que encarnaría a todo un nuevo Perú. Para el GRFA, si como prócer había dado el primer grito de libertad en las alturas del sur andino, el llamado a cerrar ese

ciclo de opresión era Velasco. De esa manera, se saldaba la deuda con el líder, con la nación y con la historia.

Asensio evidencia que el binomio Velasco – Tupac Amaru fue fundamental para un régimen que pretendió refundar el Perú, pero desde un proyecto vertical que resolvería las falencias de una compleja sociedad. El héroe, si bien estuvo presente en libros de historia y en la mente de los peruanos, fue gestado como el culto que, desde las alturas andinas, canalizaría los ideales del país. Ese vínculo, sin embargo, fue sumamente frágil y traería consecuencias tanto para el GRFA como para el culto tupacamarista: llegada la crisis hacia 1973, el debilitamiento del régimen se hizo patente cuando el apoyo cusqueño fue mermando. Defenestrado Velasco, de 1975, en adelante, el culto de Tupac Amaru fue desdibujándose al estar asociado a un gobierno que se convirtió en blanco de numerosas críticas y no representar ya una opción, sobre todo, para aquellos que, estratégicamente, se vincularon al régimen castrense. En suma, estamos ante un libro de imprescindible lectura.

Daniela Hurtado Paniagua  
*Colegio León Pinelo*